

primitivo devoraba carne, cuando lograba procurársela; pero en la existencia moderna, llena de fatigas nerviosas, con comidas abundantes y tal vez no bastante espaciadas, el vivir de vegetales será muy racional y sano, y hasta más conforme con nuestras ideas de compasión hacia los animales todos.

El vegetarianismo fué —antes de ser sistema higiénico— doctrina religiosa, y muchos pueblos, guiados por legisladores como Moisés y Sakia Muni, dividieron los manjares en puros e impuros. Hoy es un método apoyado en infinidad de argumentos científicos y medicinales. Si se me pregunta mi opinión acerca del vegetarianismo, diré que soy partidaria de él, pero sin exclusivismos pueriles, admitiendo los demás alimentos, moderadamente y a ratos.

La carne sangrienta me ha repugnado siempre, y los despojos de animales de matadero no me hacen gracia ninguna, en general. Hígados, riñones, bofes, corazón, mollejas, morro, lengua, me causan una especie de antipatía nerviosa. El carnero, el buey, no me atraen. La ternera blanca, la tolero.

Pero los vegetales, no cabe duda, despiertan ideas más dulces, sensaciones menos bárbaras que las carnes. Se cree verlos en el huerto, bañados de rocío, lozanos, y hasta muy bonitos en su forma. Recuerdo que el gran novelista Galdós, enseñándome una mata de col rizada, en su huerto de Santander, me dijo que no la encontraba menos bella que las flores. Y, en efecto, hay hortalizas lindísimas. La brocolera; la coliflor; el perejil enano; las matas de habas; el pimiento pequeño; el morrón rojo, que es una bola de púrpura; el mismo espárrago, placen a la vista tanto como al gusto. La patata, generalmente, es zafia y lleva un traje pardo muy pobre; sin embargo existen variedades de mejor pelo. De la hermosura de las frutas, nadie dudará. Las uvas aterciopeladas, los melocotones de oro tostado y con ráfagas de carmín, las pавías entre verdes y nacaradas, las fresas de brasa, las elegantes frambuesas, las grosellas desgranando sus sargas coralinas, la sandía toda helada por dentro en su carne de rubí, encantan los ojos. Y no quiero olvidarme de la granada, encendida y espléndida.

Por todos estos atractivos de la fruta y la hortaliza reconozco que los vegetarianos llevan una gran parte de razón, y su propaganda es conveniente, y debemos lamentar que, en España, no esté más extendida, no sea más activa, aunque ya ha empezado a tomar vuelo. Insisto, sin embargo, en que el vegetarianismo que yo predicaría, es muy atenuado. Solicito indulgencia para los pollitos con guisantes y el lenguado con salsa blanca. Lo menos defendible es el *roastbeef* y el *beefsteack*, el hígado gordo y la caza, tan fecunda en toxinas. que la perdiz, según referencias, contiene una cantidad apreciable de ácido prúsico. Todos estos serán venenos muy lentos según diz que dijo Voltaire del café; sin embargo, la sobriedad, los alimentos sanos y sencillos forman desde tiempo inmemorial el breviario de la higiene. A ellos se atribuye la larga vida de los eremitas y solitarios, que (menú poco tentador) vivían de yerbas cocidas sin sal.

Yo encuentro muy simpático todo lo vegetal. Hay realmente algo de cruel en alimentarse de carnes muertas. Entre esta consideración y las enseñanzas de los médicos, que achacan a las viandas el desarrollo del artrismo, natural parecería que bajasen; pero es el caso que no bajan. Al contrario. En Madrid se habló de rebajarlas, pero se me figura que la innovación quedó en proyecto.

Con los vegetales se pueden componer listas de comidas muy variadas. Acabo de adquirir el libro titulado *Cocina Vegetariana*, y da idea del sinnúmero de manjares que brinda este reino de la naturaleza.

No hay que decir si el arroz se presta a combinaciones, aunque debo declarar que algunas de las más sabrosas exigen la infracción de los preceptos del vegetarianismo, y la adición del tierno pollo o de la apetitosa almeja. Verdad que en igual caso están los guisantes y el tomate, y tantas otras hortalizas que suelen emplearse como accesorias, siendo el personaje principal un pollo inocente o una ternera blanca sin malicia, cuando no una magra de jamón tersa y sin rancio.

Prescindiendo de tales aditamentos, puede sin embargo ser excelente la cocina vegetariana. En el vegetarianismo hay algo de ascético y algo de idílico; se diría que quien lo practica es más moral y puro que quien se mantiene de carnes rojas.

Así, se comprende que uno de los vegetarianos más ilustres, y activo propagandista hasta en novelas, Gleizós, adoptase el sistema después de haber visto con horror las degollinas de Septiembre y las hornadas de guillotinos de la Revolución francesa; y que otros sabios lo practiquen como remedio a las enfermedades producidas por excesos de trabajo y de nutrición. No cabe duda que el hombre

se desbordan del balcón. Y, aun en este detalle, notad que se progresa, que hay evolución favorable. Las flores del pueblo son muchas más que antaño. En las bohardillas podéis encontrar ahora begonias, palmeras, jacintos, drácenas, «sombra suiza». Todo esto se vende por la calle y lo portea un borriquito. Se ha puesto la planta fina al alcance de todos.

Cada día aumentan las tiendas de flores, y en paseos y calles céntricas os ofrecen las floristas gayos ramilletes. La flor que no ha podido venderse en el establecimiento, se despacha así. Dentro de los coches, os arrojan mazos de acianos, de lilas, de clavelones, mientras dais la tercera o cuarta vuelta alrededor de la Castellana, y por centésima vez contempláis el monumento de Castelar y el de Isabel la Católica. En los teatros se venden flores también. Y muy desairada estará la mesa donde no ocupe el centro un cacharro con flores o plantas.

No hablemos del inmenso consumo que representan las coronas fúnebres de flores naturales. Yo encuentro triste esta costumbre. Las flores sufren y el cadáver no se hermosea.

Pero se encuentra tan arraigada, que no habrá de desterrarse a dos por tres. Cubiertos materialmente de lilas blancas, de rosas, de violetas, bajan a la tierra los niños, y las señoritas, y cuantos han tenido esa vida breve que los griegos, con fundamento, suponían favor de los dioses. Y, aun cuando sean más viejos que Matusalén los que se van, no les falta su decoración floral, sus aromas. A mayor posición, relaciones y fama, mayor número de lujosas coronas sobre el ataúd. A la hora de la muerte y el día de la fiesta onomástica, hacen su agosto las floristas.

Sería curioso saber a cuánto asciende lo que anualmente gasta, por ejemplo, París, en la bella superfluidad de las flores. Verdad que esta industria hace vivir a mucha gente. Y cierto también que los grandes jardineros y viveristas son personas de altura científica, que conocen las clasificaciones botánicas, que trabajan sin cesar en crear variedades inéditas, caprichos divinos de la naturaleza, que no se cansa de renovar su paleta de colorista y su lápiz de dibujante. Los Catálogos que vienen todos los años, traen las conquistas; a veces, una rosa no se diferencia de otra sino por algún leve matiz, algún insignificante cambio en la forma de la hoja; sin embargo, hay apariciones admirables, coloridos ignotos, ardientes y caprichosos, hechuras singulares, rosas jaspeadas, disciplinadas, recortadas, globulosas, imbricadas, deshojadas, originando combinaciones que parecen juegos de la fuerza creadora. Y toda esa soberbia multiplicidad de rosas, tuvo su origen en una zarza salvaje, que crecería en un matollar.

La rosa es una zarza... Ved lo que ha hecho de ella el cultivo, el arte del hombre, mejorándola, convirtiéndola en esa maravilla del mundo vegetal, que no admiramos cuanto debiéramos, por lo mismo que la podemos ver y gozar a cada instante...

La rosa, sin embargo, ha dado inspiración inagotable a la poesía. Alguna vez la rosa ha sido tomada como emblema de la razón: léase *El asno de oro*. Y, en efecto, el borrico que come rosas, recobra la forma humana. Si un pueblo, por atrasado que esté, siente la magia de la rosa, y su significación, hay esperanza para él. La rosa, es la belleza, es el amor, es el ideal.

Lo que se ignora por completo, es cuándo la zarza silvestre se convirtió en rosa perfumadísima. Desde un principio nos hablan ya de la rosa mitologías y documentos literarios. Las fiestas dionisiacas, se celebraban con la apoteosis de la rosa. Esta flor ha tenido constantemente por simbolismo el breve momento de felicidad de la vida humana, comprada a precio de tantas espinas, y marchitada tan presto, entre sñoranzas amarguísimas.

Por eso, siendo emblema de la ventura transitoria, lo fué de la muerte... Se unió la rosa al ciprés, y los supersticiosos irlandeses, cuando están enfermos y ven pasar un rosal ante su ventana, se dan por difuntos.

Ya lo dijo el gran poeta de Recanati:

«Fratelli, a un tempo stesso, Amore é Morte
ingeneró la sorte...»

Y así las rosas, más que júbilo, debieran producir la melancolía, que con imagen de rosa nos hizo sentir el Tasso... Todo pasa, todo se desvanece, todo se borra, todo es humo y heno... Y entretanto, las rosas siguen floreciendo y perfumando el aire.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.